

España . . . 1'25 ptas. al mes.
Extranjero . . . 2'25
Número suelto . . . 5 Céntimos.
Id. atrasado . . . 10

ACTUALIDADES

Notas y comentarios

El Laboratorio biológico.

No seremos nosotros quienes defendan a esa entidad llamada Estado. Sus deficiencias son tan hondas y la inutilidad de sus servicios tan grande que pocas nos parecerían cuantas protestas se elevasen contra aquél.

En una campaña que se emprendiese para purificar ó para hacer andar los centros burocráticos que en la Corte radican, no seríamos nosotros ni los más perezosos ni los más débiles.

Acaso, en ese sólo punto de vista, pueden justificarse las reclamaciones de las provincias, cuyas necesidades que requieren una urgente satisfacción se ven entorpecidas por una tramitación que anda á paso de cangrejo. Muchas empresas importantes perecen casi antes de nacer, porque el burocratismo, el oficinismo á quien por obligación se demanda eficaz apoyo, es el que más resistencias opone y el que aparece como enemigo declarado del movimiento y de la actividad.

Eso ha hecho odioso al centralismo. El día que pudieran las provincias librarse de esa dolencia que se llama Espectante habrían terminado el cien por cien de motivos que han engendrado movimientos de opinión que no siempre han sabido contenerse en sus justos límites.

El expediente es la muerte de la energía individual y de la energía colectiva. Asuntos que podrían resolverse en brevísimo tiempo quedan estancados, alineados, formando cola, hasta que les llega el turno.

No importa que esos asuntos, después de resueltos, hayan perdido la mitad de su importancia en manos del tiempo malgastado. La oficina no se preocupa.

Protestas, quejas, reclamaciones, hasta amenazas subversivas, hasta amagos de rebelión no llegan á perturbar la calma burocrática, ¿Qué debemos hacer?

Cruzarse de brazos, y esperar como los buenos mahometanos, sería lo más cómodo.

Pero los que tienen fuerza y vida se resisten á morir. Nadie quiere suicidarse. Luego, es necesario obrar colectivamente, pedir recio, y exigir lo que tenemos derecho á que se nos dé.

Y todo ello á propósito del Laboratorio de Biología marina creado en Palma.

Todos recordamos los trabajos que se han realizado para que el establecimiento definitivo de aquel Laboratorio quedase ultimado en sus menores detalles y dispuesto á funcionar.

El Estado lo subvenciona; el Ayuntamiento de Palma tiene también consignada en sus presupuestos una cantidad; los trabajos de organización definitiva del Laboratorio están ya hechos por los jefes del Establecimiento señores Odón de Buen y Fuset.

Y sin embargo, la marcha está completamente paralizada. En el centro correspondiente debe dormir el espejito el sueño más tranquilo. ¿Qué importa que todos se hayan apresurado á trabajar, á organizar, á pagar, si al fin y á la postre el movimiento inicial se retarda y tropieza el vehículo en los baches de un Ministerio?

No falta sino esa humildad. Y puesto que el Ayuntamiento de Palma, por ser el más directamente interesado en el asunto, es quien con más ardor lo ha tomado bajo sus auspicios, al Ayuntamiento corresponde hacer oír su voz en Madrid.

Contra el burocratismo que duerme, debe andar vigilante y despierto el interés de todos.

EL DESCUENTO DEL BANCO

¿Es ocasión de reducirle?

Los mercados monetarios universales, principalmente Nueva York, Londres y Berlín, han vivido hasta hace unos meses bajo un régimen de tensión monetaria que perturbaba las transacciones y hacía difíciles el tráfico y movimiento de los negocios á causa de la carestía del dinero que se manifestaba.

Esa tensión ha desaparecido y los Bancos nacionales han reducido las ta-

sas de sus descuentos—Alemania é Inglaterra, entre otros,—porque sus encajes metálicos no se encuentran ya comprometidos.

Realmente nosotros no tenemos verdadero problema monetario; pero aquí se suelen sentir con más ó menos intensidad las influencias que derivan de las situaciones de las plazas extranjeras.

El estado en que éstas se hallan al presente no puede ser más despejado y aún será mejor en adelante, porque cada vez se alejan más los temores de nuevas tirantes monetarias y de nueva carestía del dinero.

Las circunstancias, aun no teniendo nosotros, como hemos dicho, verdadero problema, dan facilidades para que nuestro Banco nacional, rompiendo antiguos moldes y venciendo ciertos escrúpulos que mantiene la tradición más que la conveniencia, se decida á proponer al Gobierno la reducción del descuento.

Hace algunos meses, un hombre, harto entendedor de los negocios y de la vida mercantil y bancaria, D. Fernando Marino, propuso la reducción á 350 por 100 del interés de los préstamos sobre valores industriales, cuentas de créditos con garantía personal y de valores, préstamos sobre mercaderías y descuentos de letras, y propuso á la vez la reducción á 3 por 100 de los descuentos de letras á Bancos, banqueros, Sindicatos agrícolas y de cualquier otro carácter que puedan crearse con el fin de fomentar y desarrollar el crédito agrícola.

¿Por qué seguir manteniendo el tipo de 450 por 100, cuando todas las razones recomiendan hoy su disminución en favor, no sólo del Banco, que acrecerá el volumen de sus operaciones mercantiles, sino de la riqueza mercantil, comercial y agrícola de España, que tan necesitada está de que se la beneficie?

Ahora es la ocasión de que se estudie de nuevo este problema que planteaba con sano criterio el Sr. Marino, á quien aplaudían entonces los organismos económicos, como se aplaudiría hoy á quien lo resolviese.

La baja del descuento no puede perjudicar al crédito público ni á la producción. Por el contrario, recibirá con ella un gran impulso la riqueza nacional.

El Banco tiene establecido el 450 por 100; pero esta tasa del descuento se eleva un entero más con el importe de la comisión de Caja, renovación de la póliza y otros gastos inherentes.

Si éste se redujera, influiría en la Banca libre que, al contrario de lo que sucede en las principales naciones, tiene un tipo más elevado que el del Banco oficial.

Y con ello se conseguiría estimular el desarrollo de la riqueza.

El Consejo de nuestro primer establecimiento de crédito tiene todavía sobre el tapete la proposición del ilustre exgobernador Sr. Marino.

Y parece llegada la hora de que este asunto se resuelva en el sentido que demandan los intereses agrícolas y mercantiles.

Rodando por el mundo

La reina Maud, quiromántica.—La tradición en Persia.—El calzado nuevo.—El hombre del porvenir sin piernas.

Hace algunos días hablabá de que en algunos pueblos muy civilizados, entre ellos Inglaterra, había buen número de personas que creían en el ocultismo, es decir, en cosas de brujos y hechiceros.

Pues bien; aunque parezca inverosímil, entre las personas que creen en tales paparruchas figura la simpática reina Maud de Noruega, hija de Eduardo VII, la que es considerada generalmente como una mujer de muchísima cultura y como un espíritu dado por completo á la moderna.

La reina Maud tiene sin embargo la superstición de la bola de cristal; y veáselo como es eso.

Según parece, comenzó por tomar á juego esa superstición, que consiste en averiguar el porvenir contemplando la brillante superficie de una esfera de cristal. Pero, después, y por efecto, de una serie de extrañas coincidencias, acabó por creer en los vaticinios de ese género.

Lo más singular, y que hizo de la entonces Princesa Maud una ocultista convencida, ocurrió poco antes de ser elegido su esposo, el príncipe Carlos de Dinamarca, para ocupar el trono de Noruega con el nombre de Haakon VII.

Cierta día en que consultaba la Princesa la esfera de cristal, la pareció verse coronada en medio de una Corte brillante.

Otra rama de las ciencias ocultas que practicaba, y que se cree aún practica la reina Maud, es la quiromancia.

Cuando el Zar y la Zarina visitaron á la reina Victoria, la princesa Maud examinó la mano del soberano ruso, profetizándole una guerra sangrienta y una revolución. Estos vaticios, desgraciadamente para Rusia, han tenido hace poco exacto cumplimiento.

Para que se vea hasta qué punto llega la fuerza de la tradición puede citarse la obligación que las leyes del país imponen al sha de Persia. Este no puede nunca pisar más suelo que el del territorio nacional.

¿Cómo es eso, preguntarán los lectores, cuando todos recuerdan los frecuentes viajes que el último soberano de aquella nación ha realizado por Europa?

Pues sencillamente: para no quebrantar aquella ley, cuando el sha viaja usa botas de suela doble, que llevan entre las dos suelas una capa muy fina de tierra cogida en Persia.

¿Verdad, que es un colmo?

Muchos son los que materialmente rabian cuando estrenan zapatos bajos.

Estos suelen producir, de nuevos se entiende, ampollas en los talones de los que les usan.

Si quereis contra ello un buen remedio, frotad bien con jabón el interior del zapato por la parte del talón, así como el talón del individuo, antes de calzarse.

Yo no garantizo los efectos de este remedio, pero es el más preconizado.

El hombre del porvenir carecerá de piernas. Así lo asegura Mr. Émile Jung, profesor de la Universidad de Ginebra, que cree á marcha martillo en la evolución de la especie.

Se funda aquel sabio para afirmación tan categórica en que dado el abuso cada vez mayor que hace el hombre de trenes, automóviles, tranvías y otros medios de transporte, irá perdiendo poco á poco el uso de las piernas hasta que éstas, consideradas ya por la Naturaleza completamente inútiles, desaparecerán del todo.

Mas, no se apuren ni se asusten mis lectores. El tiempo que el profesor suizo cree necesario para que el hombre experimente aquella pérdida lo calcula en algunos siglos.

Y para entonces...

Li-kur-gho

Crónica

Niñeando

Los niños de dos y tres años que van y vienen por los paseos del Retiro como blancas mariposas alibreadas, no saben leer, naturalmente.

Es lástima que no sepan leer. Viéndolos á ellos y pensando en ellos comencé á escribir esta crónica. Para las personas formales... ¡bah!... Hoy es domingo y quiero santificar la fiesta, dándole el gusto de escribir con tal objeto; el de darme gusto.

Ayer fué para mí día jubiloso; lo fué sin motivo alguno personal—más en tristezas que en alegrías anda mi persona—; lo fué porque la primavera y los chiquillos determinaron que lo fuese.

El tibio sol de Mayo se hizo caricia sobre mi cuerpo; caricia honesta, paternal. El suave perfume de la caricia me cosquilleaba el olfato; los juegos de los chiquillos me alegraban el corazón; mi ser todo se volvió sonrisa.

¡Los niños!... Cándidos y débiles, son ellos fuente de bondades. Quien no sepa beber en esa fuente, quien no se sienta bueno entre niños, es peor que malo; es un amputado moral.

Miro á los niños de dos y tres años que revolotean cerca de mi banco. Sus vestimentas albas les trasforman en flores de jazmín y de nardo; el aire lleva y trae esas flores sin dejarlas caer al suelo, sin permitir que su contacto las ensucie.

Junto á mí oscila una de estas flores humanas.

Sus cabellos rubios asoman bajo una gorrita coronada por lazos tan azules como sus ojos de risueña expresión; sus manos se enredan en las bordaduras del traje; sus piecitos, todavía informes, dan á su cuerpo oscilaciones de borra-

¡Ata!—dice encarándose con su niñera—¡Ata!... ¡Má!... ¡Coe!... ¡Babe!... ¡Ven!...

¿Verdad que el lenguaje es incomprendible? Pues yo lo entiendo á maravilla. Vale decir que en mis albores periodísticos hacis las sesiones de Cortes y escuchaba á los señores diputados.

Me dediqué á descifrar el idioma de mi héroe.

Por de pronto, el tono era imperativo. El minúsculo ciudadano iba para despúta.

¡Ata!... ¡Má!... ¡Coe!... ¡Babe!... Ven!... Y tiraba del delantal á la niñera, y extendía el brazo en determinada dirección y llevaba los mirares donde el brazo no podía llegar.

Si la distancia más corta es la línea recta, la estación de partida para arribar á un cochecillo tirado por un burro que paraba enfrente de mi banco, eran los ojos azules del chiquello.

Sabiendo yo que tal vehículo constituía el objetivo de sus aspiraciones, me resultó fácil traducir el discurso.

¡Ata! significa «¡Mujer, no seas posna!»; ¡Má!... era un contracción de «¡Date prisa!»; ¡Coe! Estaba más claro que la luz. «¡Coe!» quería decir coche. El «Babe» me entretuvo unas miñajas. ¿Que sería «Babe»?

Al cabo de algún tiempo, parte por serios esfuerzos analógicos, más porque el dedo del orador apuntaba fijamente hacia el burro, averigüé que «Babe» y Asno eran la misma cosa.

¡Ven!... No necesitaba esto averiguaciones. El delantal de la niñera, que se rasgó á los tirones del impaciente chico, suplía á todo diccionario.

¡Vuela! ¡Bájame en brazos! ¡Méteme en ese cochecito.

Tanto y más sabía decir aquel «¡Ven!»

—¡Na hay tatos!—repuso la niñera. «No hay cuartos», entendí yo. El chiquillo debió entender lo propio, porque rompió á llorar.

—Vaya, hombre, no vale apurarse por tan poco—le dije.—Monta; yo convi-

Y venciendo las repulsas de la niñera, meto al chico en el coche, ya ocupado por seis ó siete criaturas.

La mia—vamos, la de mis protecciones—agradeciéndome una sonrisa. Sabía que era yo quien pagaba.

El burro echó á andar, y en el cochecillo hizo gozuro. Anheló de ángeles. Cada niño tenía un vocabulario distinto pero su uso.

Más afortunados que en la Babel bíblica, donde no se entendieron los hombres, los chicos se entendían perfectamente, ayudando con los ademanes el habla.

Y ya, en aquel espacio reducido, en aquella oscilación de capullos humanos, empezaban á dibujarse los futuros «reyes de la tierra».

Un chiquillo quería todos los asientos para él; otro se ahincaba, ocupando la mitad del que le correspondía por derecho; aquel miraba á su compañero con desconfiado mohín; éste sonreía al suyo con deliciosa confianza; cual empuñando las riendas á dos manos, declarábalas de su completo señorío; quise, arrebatándoselas con un gesto de justiciera indignación, repartíalas entre todos, significando que todo había de ser entre todos común.

Yo andaba, andaba junto al coche, rabiando con mi condición de persona seria y con mi torpeza lingüística que me privaba de mezclarme en el diálogo de los minúsculos viajeros.

Mi patrocinado iba en la gloria. Primero estuvo un sí es no es vergonzoso; pero cuando cogió terreno, hizo el amo del cotarro.

¡Empuñó las riendas! Gritó al burro: ¡Are, babe, are!, y fué árbitro de vehículo y cabalgadura. Y de pronto, viendo que una chiquilla puesta al lado suyo, contemplaba el rendaje con ansia, le trasladó dulcemente á sus manos: «Omanena».—le dijo rodeando la femina cinturilla con sus dos brazos, y se puso á gritar:—«¡Copa, nena! ¡Cape!»

«¡Fue vaivén del carruaje!» ¿Fue intención realizada del chiquillo? ¡Vaya usted á saberlo! Lo cierto es que su boca se apoyó sobre los labios de la niña.

Terminado el paseo, mi amigo tendió sus brazos hacia mí. «¡Ata!... ¡tele!... ¡Meni!...» murmuraba cerca de mi oído. Manifestaciones de su agradecimiento, que yo estimé con toda mi alma, sin ocuparme en traducirlas.

Y volvieron los niños á revolotear en torno de mi banco, y volvieron sus voces á alegrar la atmósfera, y volvieron los rayos tibios del sol á ser caricia de mi cuerpo, y volvió el perfume de las acacias á ser incienso natural para mis sentidos.

Las mujeres, las madres, los moldeadores aquellos ángeles cuajaran, venían en un busca...

Ignoro por qué acendó á mi recuerdo la amarga crónica que Benavente ha escrito hace tres días para «El Liberal».

Es amarga y es justa. Tiene razón mi

RECIBIDOS INMENOS SURTIDOS EN ARTÍCULOS PARA LA PRÓXIMA TEMPORADA SASTRERÍA Y CAMISERÍA NOVEDADES PARA SEÑORA Almacenes S. JOSÉ BRONDO ESQUINA AL BORNE

compañero. Nuestra mujeres son todavía, en su mayor parte, por vicios de educación, de herencia, de sociales contrataciones, más causa de martirio que de goce para el hombre que está á su lado. Y á medida que ese hombre es mayor en entendimiento y en delicadeza espiritual más hondos siente los alfileros con que esas mujeres puntúan su alma. Sin embargo de ello, hay que amarlas, aun como son, poniendo la esperanza en que dejen de ser como son. Ellas son las madres, la divina maceta en que echan sus primeras raíces esas flores humanas que ayer revoloteaban en torno de mi banco. Hay que cultivar esas macetas, aunque algunas de ellas, por la mala condición de su barro, hieran las manos del jardinero y dificulten el crecimiento de la flor.

Joaquín Dicenta.

Una venganza horrible

Paris 5.—Telegrafian de Beaume comunicando detalles de una venganza horrible. En dicha población vivía un joven de veinticinco años, llamado Julio Couriaux, en relaciones íntimas con su patrona, Valentina Legani. El joven había expuesto á algunos amigos su propósito de separarse de Valentina, y la noticia llegó á oídos de ésta.

Decidida á tomar venganza, se levantó el último día sigilosamente de la cama, tomó un frasco de vitriolo que tenía preparado y lo vertió cuidadosamente y con toda calma sobre la cara de su amante, desapareciendo después.

Couriaux ha sufrido horribles quemaduras en la cara; ha perdido en absoluto la vista. Además parte del ácido ha penetrado por la boca hasta la faringe, destruyendo los tejidos brutalmente y se desconfía de poder salvarlo.

Vida artística

«Tierra baja» en Paris

Está anunciado para dentro de dos semanas en el teatro de la Gran Opera de Paris el estreno de «Tierra baja» de Guimerá transformado en drama lírico, con el título de «La Catalane», por el compositor francés Mr. de la Borne.

Es indiscreto anticipar un juicio prematuro acerca de la obra; pero haría mal en reservarme algunas informaciones interesantes del estreno, que para nosotros españoles y para nuestra literatura patria tiene caracteres de acontecimiento por ser la primera vez que un autor español se ve representado en el gran teatro de Paris.

La idea de la ópera surgió hace dos años mientras se representaba en el teatro de La Bodiniere una traducción de «Tierra baja». El director de la Opera M. Gailhard, gran aficionado á nuestras letras y conocedor tan entusiasta de España, que ha escrito algunos libretos originales con asuntos españoles, quedó encantado del argumento y de su intensidad dramática.

«He aquí una ópera»—dijo.—«Hay arrebató lírico; mucho color local y se presta á una admirable «mise en scene».

Le Borne es un compositor de talento que no sólo sabe hacer buena música sino que tiene verdadero temperamento de artista.

«Esa ópera la haré yo»—dijo. Y en efecto: un banquero catalán que reside en Paris y que tiene singular afición por las letras y las artes, D. Ivo Bosch, íntimo de Guimerá, solicitó el permiso para la adaptación lírica. Dos hábiles libretistas franceses, siguiendo con la mayor fidelidad posible el drama original pusieron en verso francés «La Catalane» y sobre ese libreto Le Borne escribió su partitura.

Para ello creyó necesario inspirarse bien y documentarse mejor. Hizo una excursión á Cataluña para empaparse del ambiente local y recoger los aires populares regionales. De este modo la obra tiene vigoroso carácter.

M. Gailhard ha dirigido y estudiado la obra con verdadero «amore». Ha vigilado los ensayos parciales durante

dos meses y desde esta semana los ensayos de conjunto, los primeros de la orquesta y los bailables que son importantes.

El reparto es excelente, figurando con primeros papeles la soprano madame Grandjean y el tenor Muratore. La «mise en scene», muy artística y muy cuidada, procurando en todo la mayor exactitud y pidiendo á Cataluña dibujos y modelos para los trajes y las decoraciones.

Un detalle que demuestra la escrupulosa minuciosidad: No era posible encontrarlas ni imitarlas en Paris y se ha enviado á Cataluña un comisionado para traerse ciento veinte pares de alpagatas que llevarán coristas y figurantes.

Espérase que Guimerá asistirá al estreno.

V. Blasco Ibañez

La Revue de Paris, la más importante revista literaria de Francia, ha empezado en su último número la publicación de la novela «La Catedral», de nuestro compatriota el ilustre novelista D. Vicente Blasco Ibañez.

La obra ha sido vertida al francés por M. George Héville, el famoso traductor de D'Annunzio; y lleva por el título «Dans l'ombre de la Cathédrale».

Terminada su publicación de Revue de Paris, aparecerá la obra editada en volumen aparte por la importante casa Calmann-Lévy, que tiene con Blasco Ibañez un contrato para publicar todas sus novelas en francés.

La agitación revolucionaria en Francia

Paris.—El gobierno está decidido á impedir por cualquier medio legal que la Confederación del Trabajo prosiga su campaña de agitación revolucionaria. Hace algún tiempo, Clemenceau pidió informes y opiniones á las autoridades competentes, y con los datos que pudo reunir formó un «dossier» que entregó al ministro del Trabajo, Mr. Viviani, para que lo estudiase detenidamente.

Ya terminó Viviani el estudio que se le había encomendado, y con tal motivo se celebró un Consejo, al cual asistieron, además de él, Clemenceau y Briand.

Viviani expuso la opinión de las autoridades judiciales, según la cual, para impedir los manejos de la Confederación del Trabajo, sería imprescindible modificar la ley de Sindicatos de 1884 en el sentido de impedirles salir de los límites de la acción profesional.

Clemenceau preguntó á Briand y Viviani si creían oportuna tal modificación, pero sin nuevo proyecto de ley.

Los dos ministros creyeron inconveniente modificar la ley, teniendo en cuenta que hoy tiene Francia otras suficientes para procesar individualmente á los miembros de la Confederación del Trabajo que se aparten de la ley. «De otro modo»—añadieron,—parecería que el gobierno intenta coartar el funcionamiento de los Sindicatos.

Clemenceau se mostró conforme y se acordó perseguir severamente toda agitación antimilitarista ó excitación á cometer delitos y exigir á todos los funcionarios el debido respeto á la ley.

En esta actitud aparecerá, pues, el gobierno en la Cámara si se suscita un debate sobre el asunto de la Confederación del Trabajo.

Conferencia de Torres Quevedo

Madrid

El ilustre autor del telekino fué invitado por la Junta directiva de la Asociación de Alumnos de Ingenieros y Arquitectos para que diera una conferencia sobre los trabajos que actualmente realiza para la resolución del problema de la navegación aérea.

Accediendo á los deseos de la expresada Junta, ha dado su conferencia el Sr. Torres Quevedo en el domicilio de la Asociación.

Acudieron á oírle una numerosa re-





